V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Del duelo, el otro y el cuerpo como resto.

Hidalgo, Susana María.

Cita:

Hidalgo, Susana María (2013). *Del duelo, el otro y el cuerpo como resto. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-054/728

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/edbf/9f4

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org.*

DEL DUELO, EL OTRO Y EL CUERPO COMO RESTO

Hidalgo, Susana María
Ciencia y Técnica, Universidad de Buenos Aires

Resumen
Las dificultades del psicoanálisis para teorizar el trabajo de duelo normal y mantenerlo a distancia de estados maniaco- depresivos, que son hoy sus formas patológicas más frecuentes, son relacionadas con el examen del fantasma primordial del muerto vivo propuesto por Derrida en su seminario La bestia y el soberano. Allí revisa los procedimientos funerarios actuales de Occidente, analiza la obligación que ellos implican de elegir entre la inhumación o la incineración de nuestro cadáver y descubre la lógica paradojal que edifica y derrumba todo trabajo de duelo, tornándolo interminable. Esta lógica, correlativa al fantasma mencionado, es asociada a la tarea de duelo que la posición depresiva planteada por Klein nos ordena. Tarea que puede derivar en la forma de la melancolía mostrándonos la muerte en vida o en la forma de la manía como derroche de vida inmortal. Finalmente y siguiendo a Derrida, se presenta al duelo como modo privativamente humano de devenir mortales y como fundamento de la experiencia del otro en su alteridad inaccesible.

Palabras clave
Duelo, Inhumación, Incineración, Derrida

Abstract
MOURNING, THE OTHER, AND THE BODY AS THE REST
The challenges of psychoanalysis to theorize the work of normal mourning and keep it away from maniac - depressive states which today are their most frequent pathological forms, are related to the examination of the primary phantasm of the dead alive prepared by Derrida in his seminar: The beast and the sovereign. There he reviews current burial procedures of the West and the forcing that it is supposed to choose between burial and incineration of our body to discover the paradoxical logic that build up and collapse all work of mourning, making it infinite. This logic, correlative to the mentioned phantasm, is associated with the work of mourning that the depressive position suggested by Klein commands us. A labor that can be derived in the form of melancholy showing the death in life or in the form of the mania as wasting of immortal life. Finally and following Derrida, arises to the mourning as exclusive human way of becoming mortal and as the Foundation of the experience of the other in his inaccessible otherness.

Key words
Mourning, Burial, Incineration, Derrida

Del duelo, la teoría psicoanalítica nos enseña que es un proceso normal frente a la muerte, mientras que la manía y la melancolía, sus variantes patológicas más frecuentes, son antecedentes y/o secuelas de un duelo evitado, imposible, infinito.
El Otro siempre incide, sea como fuere la tramitación subjetiva de la muerte; esto es evidente en la histórica institucionalización de ritos funerarios y de sepulturas que nos muestran las variadas funciones de colaboración, arbitraje, respaldo, fiscalización que el Otro cultural y los otros próximos tienen frente a la muerte y el duelo; y no se trata sólo de los otros, sino también de nosotros cuando pensamos o imaginamos nuestra muerte o, cuando identificados con los supervivientes, les delegamos la tarea de nuestra sepultura.
En relación con nuestro cuerpo como resto, Freud afirma que la relación con la propia muerte es irrepresentable y que cada vez que intentamos representárnosla, estamos lo suficientemente vivos como para imaginarnos muertos. El que imagina entonces, sobrevive al muerto.
Derrida ahonda en esta cuestión y nos explica que para tener acceso a nuestra muerte en cuanto tal, no basta con pronunciar la palabra muerte, ni con ver partir a los muertos, ni con tener la cuasi certeza de que vamos a morir; menos aún con que, al imaginar nuestra muerte, nos veamos asistiendo a ella vivos presentes y/o representados en el cuerpo hecho cadáver o cenizas. Aunque acepta que en esa vida muerta esta implícita la lógica de supervivencia de los restos que alberga todos los cultos del cadáver y nos reclama hoy, aquí, elegir entre inhumación o incineración, exigencia y prerrogativa inexistente en otras culturas que han decidido por una u otra.
Siguiendo a Heiddegger sostiene que acceder a la muerte en cuanto tal, implica una facultad distintiva de los hombres. Esta facultad nos obliga a devenir no solo seres vivos racionales sino que nos exige fundamentalmente devenir mortales, lo que significa para el hombre, tener la muerte ante sí, verla venir, anticipándola; y tras de si, retenerla, recordarla en el duelo, la sepultura y la memoria.
Anticipar y retener la muerte incumbe, significa lo que es estar vivo y lo que es estar muerto, y ambas posibilidades se intrincan circularmente pues después de estar vivos estamos muertos y después de estar muertos, estaremos vivos: Podemos advertirlo en la pervivencia de los grandes hombres y de los seres perdidos que ¨duelamos¨ y en la convicción de que en las marcas dejadas por nuestra obra podremos vivir más allá de la muerte.
Esto nos permite figurarnos un modo de estar muertos en vida: cuando nuestra vida es falsa, nuestra hacer fútil, desfallecido, sin marcas; pero también y menos figurativamente sabemos lo que es estar muerto, cuando lo entendemos concretamente como estar entregado en lo que queda de nosotros, expuestos, sin defensa, desarmados totalmente, ante el otro, ante el sobreviviente, quien decidirá el porvenir de nuestros restos. Aunque todo esto, puede ocurrir sin necesidad de esperar a que estemos muertos. El otro puede enterrarme vivo, literal o figuradamente, tragarme, quemarme vivo, matarme estando vivo.
Esta amenaza, latente en cualquier otro, fue finamente analizada por Klein quien insiste en el carácter aterrador que entraña el objeto-madre a partir del momento en que es otro que yo, en ocasión

del destete, cuando se pierde el pecho nutriente y protector que hacía entero e integraba mi cuerpo, para revelarse como parte de un cuerpo ajeno que deja entonces al mío, hecho pedazos. Con estos pedazos habrá que componer un cuerpo en un complejo proceso de intercambios, de idas y vueltas, que generará deshechos, restos a desligar del cuerpo con pesar, pero sin duelo.

Con el destete, nos hacemos humanos o como dice Heiddegger comenzamos a devenir mortales, a batir nuestro duelo a muerte, a matar o morir, a sufrir por el otro y sus múltiples rostros. Porque el Otro radical kleiniano no es sólo quien da materialmente la vida, sino el fantasma primordial que devora al yo si no se defiende a muerte. O bien es esa máquina infernal, el Otro winnicottiano, que engulle desapercibidamente al yo, sometiéndolo, forzándolo a una falsa vida de cómoda sobreadaptación. Tras esos rostros opera el mismo fantasma del muerto vivo que, según examina Derrida, nos impone el significado aterrador de morir estando vivo mucho más que cualquier lógica realista que nos asegure que nadie puede morir y a la vez verse morir.

El morir estando vivo no es más que una ficción pero pese a serlo, efectiviza y evidencia la omnipotencia que constituye, sostiene, dirige y nunca abandona al yo. Es precisamente la pervivencia de este fantasma en un fondo oscuro, lo que permite recortar, oponer, distinguir y organizar lo que identificamos como vida y muerte. Y es también ahí donde todo yo está sin defensa, donde anida el Otro que dispone de mi, y que habrá de sobrevivirme pues es estructuralmente mi superviviente, el más allá de mi vida.

Parado en este punto Derrida se pregunta por lo que nos ocurre hoy, ante los procedimientos culturales, no sólo religiosos, filosóficos o ideológicos, sino las normativas jurídico-técnicas que organizan la muerte mediante el dispositivo del funeral por el cual el cadáver es entregado a su porvenir y nos preparamos nosotros para ser cadáver. Nos dice: Occidente duda entre la inhumación y la incineración, otras culturas han optado por una o por la otra.

Las dos únicas elecciones que, a título de nuestra última voluntad, se nos permiten para responder al fantasma de morir estando vivo implican una obligación doble y contradictoria. Ni el Estado ni la religión nos imponen una o la otra, pero nos imponen elegir entre las dos dentro de una serie de cánones de la sociedad civil y de corporaciones profesionales habilitadas por el Estado. No hay derecho alguno a la desaparición, nadie debe desaparecer sin dejar huella. En este marco Derrida nos explica que cuando Robinson Crusoe tiene miedo de ser tragado vivo por una animal salvaje, tiene menos miedo de morir que de morir sin sepultura, como una bestia: sin funerales y sin duelo. Este horror es, quizás, el fondo inconsciente activo en cualquier cultura funeraria que calma ese miedo, al concedernos un ritual.

El moribundo -que todavía está vivo- y los sobrevivientes decidirán qué ritual, pero independientemente de cual sea la elección, al elegir, se da crédito a un fantasma en el que ni se cree, ni se deja de creer, ubicable en la dimensión renegatoria de un ¨se, pero aún así¨, o de ¨un no sé, de un tal vez, de un "como sí" : como si todavía le pudiera pasar algo al muerto, o también; como si quizá, algo les pudiera ocurrir a los supervivientes por parte del muerto ya sea inhumado o incinerado. Bajo el signo de ese "como si" nos dejamos afectar por una posibilidad de lo imposible.

Al dar crédito a ese fantasma hacemos lugar a lo contradictorio, lo inconcebible, lo imposible del "morir estando vivo" y podemos pensar y eventualmente atravesar ese estado en el que el moribundo esta lo suficientemente vivo para ver y saber que va a morir, para vivir su propia muerte, para durar, perdurar y soportar el momento de su muerte, para estar presente en su muerte, sin por eso dejar de morir.

Pero al dar crédito a ese fantasma se hace posible especular sobre la propia muerte a partir de imaginar una continuidad que permite verse morir y enterrar y ser afectado por eso, gozarlo o sufrirlo. Y no es que se siente, sino que esta implícito en el sopesar pros y contras, en calcular estrategias desde el punto de vista del superviviente muerto, respecto de ventajas o desventajas de la inhumación y la incineración, como si hubieran todavía goces a prever o, por el contrario, perjuicios y sufrimientos temidos a evitar.

La inhumación promete dar tiempo y espacio, protege de la idea aterradora de una aniquilación instantánea y sin resto, hace la desaparición más gradual y los restos más sustanciales. La existencia del cadáver, su duración y su territorio, permite que todavía pueda agarrarme a algo. A mi fantasma todavía le puede importar mi cadáver, la no desaparición de mi cadáver después de mi propia desaparición. Este lugar y este tiempo permite la fantasía, la creencia, cierta idea de que la historia no está concluida, como si la muerte no hubiera dicho la palabra final y entonces hubiera sitio para algo así como una resurrección laica o sobrenatural.

Hay en la inhumación otro tipo de beneficio: la estabilidad inamovible de la tumba, al otorgar un lugar, condiciona y facilita a los supervivientes y al moribundo que se identifica por adelantado con ellos, lo que desde el psicoanálisis, llamamos trabajo de duelo normal. Los deudos pueden volver periódicamente al lugar…como quien dice, del crimen, pues es el lugar donde a la vez dejamos morir y lloramos al muerto con un sentimiento de culpabilidad criminal que interfiere constantemente el dolor por la pérdida, mostrando que lo que nos cuesta tanto trabajo, no es sólo la aceptación resignada del mandato de realidad sino la mitigación de una culpa insensata. La localización permite entonces que el superviviente compruebe cada vez que el muerto con su nombre propio inscrito, permanece y descansa en su sitio, del que no volverá.

Por esto la inhumación que parece más humana y protectora, puede al mismo tiempo ser nefasta y aterradora, no solo por el abandono del cadáver a su descomposición, sino por dejarlo a distancia, afuera, lejos, asegurándonos que no volverá a casa, lejos del espacio privado donde el trabajo de duelo deberá recordarlo e introyectarlo. Esta labor ni es tranquila, ni evita la persecución interminable, pues se consuma dando muerte, confirmando al muerto en su muerte, mientras nos aproximamos y alejamos de él a intervalos regulares y ritualizados.

Y es precisamente aquí, en la oferta de un lugar para que esta distancia se regule dónde se evidencia el papel facilitador que para el cumplimiento del duelo tiene el Otro: intervenir como custodia del cadáver abandonado a su putrefacción. El ejemplo contrario también lo prueba, cuando durante la última dictadura Estado, Iglesia y Ley se confabularon para no cumplir con este papel, haciendo desaparecer no solo a los vivos sino también a los muertos, el dolor se hizo infinitamente devastador, mientras el trabajo de duelo quedaba impedido.

Este papel necesario, materialmente ejercido por otros, es correlativo a lo que ocurre intrapsíquicamente, en el mundo interno también el duelo exige localizar, regular distancias y tiempos para revisitar recuerdos mientras que se encuentran, se ordenan, se eligen, se conservan o se reparten las pertenencias del muerto, todo esto implica, hacer lugar, desechar los restos, los objetos privados del muerto.

Si se opta por la incineración, las cenizas ahorran el cadáver pero no están en su lugar, porque no tienen lugar, son dispersión, la urna que las reúne no ofrece un lugar propio, ellas evitan los terrores de una cadaverización no iniciada en el momento del entierro; sin embargo la falta de territorio y la evitación del horror de la descomposición lenta que acometera al cuerpo fantasmático del muerto,

implican una aniquilación absoluta, una desaparición radical que se ensaña con la carne y con el desaparecer, se priva al muerto de cualquier forma que nos pueda afectar, ni el fallecido ni los supervivientes tienen tiempo para esa cohabitación en el duelo que las exequias, la inhumación y el cementerio venían a ritmar y a prolongar. Ni tiempo, ni espacio, ni forma. El trabajo de duelo se vuelve a la vez infinito y nulo. Infinito por ser nulo.

Derrida nos explica como cuando el fuego ha actuado infalible y veloz, el muerto ha desaparecido además de su desaparición. Y al no tener sitio, ni topos, su imagen o su memoria invaden todo el espacio y todo el tiempo puramente interior. Esta interiorización pura, la pura idea del muerto, su espiritualización o su desmaterialización en el superviviente -que no se deja invadir por un muerto desalojado del mundo- constituye a la vez la fidelidad más grande y la más alta traición, la mejor manera de conservar al otro sacándolo del medio. De portar al otro sólo en ´el corazón´, de conservarlo sin mediación ni soporte, sin cadáver ni tumba, de mantener con él una relación purificada por el fuego, pura de todo cuerpo y de todo mundo.

Y bien, aunque los dos tratamientos del cadáver escenifiquen -en la puesta en acto del fantasma- contenidos y categorías radicalmente diferentes: otro tiempo, otro espacio; en ambos se agita una misma aporía: la contradicción de una fidelidad infiel, contradicción que edifica y derrumba todo trabajo de duelo y en verdad toda relación con el otro.

Esta verdad revelada por Derrida explica la dificultad del psicoanálisis para teorizar el trabajo de duelo normal y mantenerlo a distancia de sus formas patológicas que son las más frecuentes. Hay una lógica paradojal, perdedora, inherente al concepto de trabajo de duelo mismo, que hace que -logrado o malogrado- traicione al muerto. Lo que ocurre en la teoría no es otra cosa que lo que sufre el duelante, quien cuando logra interiorizar al muerto y está en él y es él, es porque lo ha privado de su alteridad misma, traicionándolo; pero si quisiera respetar su alteridad lo traicionaría igual, por dejarlo fuera de él.

Es en referencia a esta paradoja inherente al fantasma del muerto vivo, que nos posicionamos para constituirnos. La posición depresiva propuesta por Klein nos ordena concluir un duelo imposible, sea que adopte la forma infinita de la melancolía mostrándonos la muerte en vida o exhibiendo la forma evitada de la manía con su derroche de vida indestructible, por su parte el duelo normal es tan inacabado como inacabable, se reitera a cada rato, frente a cada pérdida, pues como dice Derrida, el duelo no espera a la muerte, el duelo es en realidad el meollo y fundamento de la experiencia del otro como otro, en su alteridad inaccesible. Siempre estamos en duelo por el otro. Lo cual es lógico, sólo así el Yo se sostiene inmortal.

BIBLIOGRAFIA

Derrida, J. (2002-2003) Seminario La bestia y el soberano Volumen II. Buenos aires, Manantial, 2011.

Freud, S. (1915) “De guerra y muerte, Temas de actualidad” En Obras completas Tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

Freud, S. (1917) “Duelo y Melancolía” En Obras completas Tomo II Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

Klein, M. (1940) “El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos” En Obras completas Volumen II Buenos Aires, Paidos Horme,1964.

Winnicott, D.W. (1960) “Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso” en El proceso de maduración en el niño, Barcelona. Paidos, 1970.